

'Indignez vous!', un libro del nonagenario Stéphane Hessel contra el consumo y la competencia, se convierte en best seller

La voz de la indignación

ÓSCAR CABALLERO
París. Servicio especial

En un París capital del lujo que abre hoteles a 20.000 euros la suite, el regalo más preciado en navidades, fue un librito de 12 por 21 cm, 32 páginas y precio mini: 3 euros. Sin publicidad. Un éxito fraguado por libreros y público. Indigène, editorial alternativa de Montpellier, obtuvo así su primer superventas: diez impresiones, 850.000 ejemplares, por delante del Goncourt.

Indignez vous! (¡indignaos!) recupera el discurso resistente contra la ocupación alemana. Y el autor es un digno funcionario de las Naciones Unidas, de 93 años y cabellos blancos.

Claro que Stéphane Hessel pertenece a una especie en vías de desaparición, y no sólo desde el punto de vista biológico. Afable, capaz de recitar de memoria decenas de poemas, con el mismo educado fervor defiende a los tra-

Este funcionario de la ONU fue uno de los doce redactores de la Declaración de los Derechos Humanos

bajadores indocumentados y a los palestinos.

El libro, por el que no cobra derechos, celebra el 60.º aniversario de la Resistencia, "cuyo motivo básico fue la indignación". Hessel pretende renovarla: "El poder del dinero, que tanto combatimos, nunca fue más insolente y egoísta, con servidores en las más altas esferas del Estado".

Desbordados por el éxito del libro, sociólogos y políticos parecen evocar a Cocteau: "Cuando una situación le resulte incomprendible -aconsejaba el poeta- finja ser el instigador".

Para Hessel no hay misterio: "La última década del siglo XX fue prometedora, cayó el muro de Berlín, creció la sensibilidad humanitaria y ecológica. Pero los diez primeros años del siglo XXI son de signo contrario: insolidaridad, crisis, abismo entre los más ricos y los más pobres. Y en el caso de Francia, una presidencia

Cuidado: este libro es una bomba

ANÁLISIS

Xavi Ayén



Observen al venerable señor de la fotografía.

A sus 93 años, parece reírse de los manuales del buen editor comercial, que aseguran que los ensayos políticos son veneno para la taquilla. Ah, amigos, eso era antes de la crisis. Su *Indignez vous!* se ha convertido en el regalo de moda estas Navidades en Francia, un país ya de por sí propenso a la indignación pero al que la crisis económica -y sus consabidos recortes sociales- está empezando a sacar de sus casillas.

Stéphane Hessel ha puesto palabras a una sensación vaga de cabreo general que flotaba en el ambiente. La gente, sí, está indignada, pero antes de Hessel no sabía muy bien por qué. Asistía al aluvión de lo que se le venía encima, inten-

taba cubrirse la cabeza, pero no entendía la complejidad de esa nebulosa de intereses económicos y organización del poder que, vaya casualidad, derivaba siempre en una pérdida de algo. Hessel no da compasivas palmaditas en la espalda a la gente, no les dice que "esto es lo que hay" y que hay que apechugar. Al contrario: su libro da coherencia y dignidad a la vida de sus apesadumbrados lectores, refuerza su manera instintiva de pensar, esa atávica desconfianza que anidaba en ellos hacia los poderosos y lo hace, además, sin caer en paranoicas teorías conspiracionistas al uso.

El libro de Hessel -a tres euros- dice cosas como que "la actual dictadura internacional de los mercados financieros (...) amenaza la paz y la democracia". Apunta, pues, hacia un enemigo y reivindica la actitud del resistente -él lo fue, contra los nazis-, y el mensaje creíble de que se pueden cambiar las cosas, apelando a ese noble sentimiento que, más o menos recóndito, anida en todos nosotros: la rebelión contra la injusticia.

Son cosas que suceden en esa extraña república francesa vecina. El reino de España, y sus súbditos, esperan todavía su panfleto.



Éxito a los 93.

La edad no ha sido un impedimento para el éxito de Stéphane Hessel

AP

que ha exaltado el dinero, las diferencias y ese horrible término de identidad nacional".

Herejías para un hombre cuya vida giró en torno a la cultura, el arte, el amor y la solidaridad. Nacido en Berlín, en 1917, tenía siete años cuando su familia se radicó en París, en el cogollo de la vanguardia. Su madre, Helen Ground, escritora y pintora, inspiró la Catherine del trío *Jules et Jim*, el del inolvidable filme de François Truffaut. Jules era su padre, Franz Hessel, alemán, judío, escritor y traductor. Y Jim, el francés Henri-Pierre Roche, autor de la novela en la que se basó Truffaut.

Nacionalizado francés en 1937,

Hessel pide una insurrección pacífica contra el desprecio al débil, la insolidaridad o la exaltación del dinero

Stéphane fue de los primeros en seguir a De Gaulle. Clandestino en Francia, en 1944 cayó en manos de la Gestapo. Fue torturado y deportado a Buchenwald y, dos días antes del fijado para su ejecución, cambió su identidad por la de un muerto. Huyó, le atraparon, volvió a huir.

Esa vida de regalo y una frase de Sartre -"Sólo es hombre quien se compromete"- le impulsaron a ingresar en las Naciones Unidas: fue uno de los doce redactores de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948. "Fue un milagro. Creíamos que no habría más guerras. Se conocían los crímenes de los campos; la vida retomaba sus derechos. Poco después, Corea, las guerras de descolonización, el telón de acero, devolvían beligerancia".

Y que no le digan que son utopías su fe en el derecho internacional, en la paz para Oriente Medio -denuncia la ocupación-, en la posibilidad de un mundo sin violencia...

Hessel, protector de argelinos durante la guerra con Francia y de los *sin techo* y los extranjeros, hoy, reclama en su best seller "una insurrección pacífica contra el consumo masivo, el desprecio por los débiles, la competencia de todos contra todos".●

El juez exime a las tiendas de Nueva York de colgar carteles antitabaco

FRANCESC PEIRÓN
Nueva York. Corresponsal

La ciudad que se prepara para prohibir fumar en los parques o en las plazas ha sufrido un revés en su cruzada contra el tabaco.

Los vendedores de cigarrillos en Nueva York no estarán obligados a exhibir carteles con imágenes desagradables de pulmones y cerebros destrozados o dientes

ennegrecidos de caries por culpa de la nicotina. Así lo ha determinado un juez federal de Manhattan, quien considera que fijar una norma de este carácter excede las competencias locales al ser materia de regulación federal.

"Incluso los comerciantes de la morbosidad tienen derecho a la plena protección de la ley, por nuestro bien y el suyo", escribe en su resolución de trece páginas

el magistrado Jed Rakoff. La demanda fue presentada por Philip Morris, Lorillard Tobacco y R.J. Reynolds, además de otros minoristas y establecimientos

En su escrito, el juez elogia las buenas intenciones de la legislación elaborada y aprobada por el municipio neoyorquino. Dicen que las autoridades sanitarias de la ciudad tienen buenas razones para ver el tabaco como "una

amenaza a la salud pública". No se olvida de citar que el tabaquismo se ha convertido en una de las principales causas de mortalidad en el país en general. "Mueren aproximadamente 7.500 personas al año en Nueva York, más de las que fallecen por el conjunto de sida, homicidios y suicidios", indica. Pese a este preámbulo, la resolución recuerda que corresponde a Washington, según una legislación de 1965, la autoridad para regular las advertencias y avisos sobre este comercio.

La aprobación municipal se produjo el pasado diciembre. En los carteles aparece un número de teléfono que el Consistorio

ofrece para la desintoxicación. Una vez formulado el pleito, en el que se apelaba a la libertad de expresión, cuestión que el juez deniega, las autoridades municipales estuvieron de acuerdo en dejar la norma en suspenso.

Ahora ha quedado fuera de lugar. "Estamos decepcionados", reconoció el abogado perdedor, Nicholas Ciappetta, quien dijo que estudiarán recurrir. El Departamento de Salud también mostró su contrariedad. "Creemos que es el deber de la ciudad ayudar a los fumadores a dejarlo y proteger a los niños", explican en un comunicado. "La tabaquerías deberían avergonzarse", añaden.●